

seau.... Toda aquella riqueza me salía al paso, interponiéndose entre Elisa y yo. Pero esta carta ha crecido demasiado bajo la pluma, y voy á cerrarla sin concluirla.... Mañana sabrás lo restante, y, entretanto, no seas perezoso, y apresúrate á mandarme el *pésame*, como te apresuraste á enviarme la *enhorabuena*. »

Después de leer varias veces esta carta, la guardé dentro del mismo sobre en que la había recibido, y con no poca impaciencia me resigné á esperar el correo del día siguiente.

CARTA II.

LA DORMILONA, LA BATA Y LAS BABUCHAS.

Abril 10 de 1872.

« Me vi envuelto en una nube de gasas, de cintas, de batistas, de encajes y de sedas; los estuches, abiertos, dejaban escapar los mil resplandores de las piedras preciosas, y los rayos amarillos del oro brillaban de la manera que brillan los rayos del sol entre nubés resplandecientes.

No lo vas á creer; me detuve sorprendido. No era la primera vez que veía el *trousseau* de mi encantadora Elisa, ó, mejor dicho, no era la primera vez que este fausto de nuestra boda se presentaba delante de mis ojos; mas, ó no había reparado bien en sus ricos pormenores, ó es que en el momento de que te hablo se hallaba mi espíritu más en disposición de apreciar toda su riqueza y todo su buen gusto.

Después de haber tenido los ojos cerrados por algún tiempo, nos parece la luz más viva y más brillante, y sin duda los resplandores del *trousseau* se destacaron entonces más fuertemente sobre las obscuridades de mis pensamientos. El caso es que experimenté una especie de deslumbramiento, más

bien que en los ojos, en el espíritu. Te lo diré más vulgarmente: el *trousseau* me hizo ver las estrellas.

Miré á mi alrededor, poco más ó menos como el viajero que, sorprendido por una claridad repentina, advierte que ha perdido el camino. No creas que esta comparación es pura poesía, porque, en efecto, me dirigía al cuarto de Elisa, tal vez por el camino más corto, pero no por el camino más propio.

Nuestras respectivas habitaciones están contiguas, y yo debí tomar un rumbo distinto. Debí salir por el extremo contrario del salón, cruzar una galería de pinturas, en las que tengo puestos mis cinco sentidos, y entrar en un gabinete de estatuas que sirve de antesala á mi despacho. Detrás del despacho está mi cuarto de vestir, más adelante se encuentra mi cuarto de baño, y, últimamente, por este camino se llega á mi dormitorio, que, como es natural, comunica con el de Elisa.

Este camino, aunque te parezca largo, es el que debí seguir en esta primera y legítima excursión al paraíso de mi felicidad, al santuario de mi dicha. Pero, ¡torpe de mí!, cambié el itinerario, y tomé el camino opuesto, encontrándome, como te he dicho, en el gabinete del *trousseau*. Debí retroceder; pero no quise.... Mira tú qué terquedad tan inexplicable.

Tú dirás: ¿y á qué viene todo eso?... Y yo te digo: calla, y sigue leyendo.

Atravesé la nube que relampagueaba delante de mis ojos, y llegué á la puerta que debía abrirme paso á las habitaciones de Elisa; pero esta puerta estaba cerrada. Apliqué el oído á las doradas juntas de las maderas, y no percibí ruido ni rumor alguno; reinaba al otro lado de la puerta un profundo silencio.

Una reflexión repentina me hizo apartar súbitamente el oído. Era la primera noche de mis bodas, y me sorprendía escuchando detrás de aquella puerta.... ¡Oh! Era un espionaje muy poco delicado, y me causé á mí mismo muy mal efecto.

Entonces llamé suavemente, y nadie me contestó: las molduras de las maderas parecía que rechazaban al contacto de mis dedos, y por un triste capricho de la imaginación, me pareció que llamaba á la puerta de un sepulcro.

En los días más alegres suelen acometernos las ideas más tristes; no sé cómo explicarme eso; pero no es necesario ser muy supersticioso para encontrar en circunstancias, á veces insignificantes, oscuros presagios, que, aunque no sea más que por un momento, turban nuestra dicha en el momento en que más ansiosos vamos á cogerla. ¿Será la voz misteriosa de nuestro destino, que nos advierte la fragilidad de las felicidades humanas?... ¿Ves? Yo también tengo mis pretensiones de filósofo.... También yo echo por esos trigos de Dios.... ¿Qué te parece?...

Indudablemente, Elisa habría despedido á su

doncella, y estaría ya dormida. ¡Dormida!.... ¡Tan pronto! Esto me pareció inverosímil, y me ocurrió el temor de que le hubiera sobrevenido algún accidente. Mi cara mitad no es una mujer enclenque, pero es muy nerviosa, y, ¡quién sabe!, las agitaciones del día, el mareo de la muchedumbre, las emociones propias del caso; en fin, era posible que Elisa estuviera desmayada, sin tener quien la socorriera. Vamos, yo había sido un badulaque deteniéndome tanto tiempo en el salón, hecho un *pas-marote*.

Me propuse ganar el tiempo perdido, y, oprimiendo el botón de bronce que cerraba la puerta, entré en el tocador de Elisa, que se hallaba dulcemente iluminado por la luz velada de una lámpara de porcelana que pendía del techo. ¡Soberbio tocador!.... No faltaba en él detalle ni capricho. Es una preciosa rotonda decorada con tres puertas: la que yo acababa de pasar, la que conduce al cuarto en que Elisa se baña, y la que da á su dormitorio. Una cortina de seda me separaba en aquel instante de la preciosa criatura con quien pocas horas antes había unido mi suerte para siempre, lleno de las más dulces esperanzas. Dentro del dormitorio reinaba el mismo silencio sepulcral que había advertido desde la puerta del tocador, y al través de la cortina se notaba el resplandor de la luz que iluminaba la estancia. Levanté el *portier* con cierta impaciencia, entré, y Elisa dió un grito.

—¿Te asustas?—le pregunté.

—Es natural,—me contestó.

—¡Natural! ¿Por qué?

—Porque, en todo caso, no te esperaba por la puerta de mi tocador.

—Es verdad (le dije); pero entré distraído en el gabinete del *trousseau*, y el silencio que advertí en estas habitaciones me hizo sospechar si te habría sucedido algo.

—¡Y qué podía sucederme!

—Una indisposición repentina...., algún vahido....; ¡y como suponía que habías despedido ya á tu doncella!....

—Tranquilízate (me contestó), porque me siento bien. Es decir (añadió corrigiéndose), la jaqueca me mortifica algo.

—¿Mucho?—pregunté yo.

—Bastante,—dijo ella.

Has de saber que encontré á Elisa envuelta en una bata magnífica, guarnecida de encajes, una de las batas más ricas del *trousseau*; su doncella había deshecho el peinado monumental, que había sido como la gigante cúpula de su espléndido vestido de desposada, sustituyéndolo con una elegante *dormilona*, por bajo de la que se escapaban en abundantes rizos sus cabellos rubios, brillantes y sedosos. Se hallaba sentada con la negligencia propia del traje, sobre una butaca de damasco amarillo, y el pie menudo se advertía bajo las últimas ondas de la bata, escondido en el holgado seno de una babucha turca primorosamente recamada. No te diré yo que

había en el muelle abandono de su persona, y en lo exquisito de su *toilette*, esa sencillez, esa naturalidad, esa corrección y ese buen gusto que vosotros llamáis *aticismo*; pero se encontraba suavidad, esmero, refinamiento.

La primera impresión que sentí fué halagüeña, porque inmediatamente pensé, con satisfacción indecible, que Elisa deseaba agradarme. Había estudiado en su actitud y en su compostura, y, ¡claro está!, aquella *toilette* íntima estaba para mí exclusivamente reservada; yo era el objeto de aquellas pretensiones; el amor me sonreía bajo aquella forma. Antes Elisa se había vestido para los convidados, para el mundo, y ahora estaba vestida para mí, para nuestro amor. ¡Cuánta ternura descubrieron mis ojos en los encajes de aquella graciosa dormilona y en las ondas de aquella bata inmaculada! Era una manera delicada, exquisita, de poner mi corazón en el secreto de sus más íntimos pensamientos. Hubo un momento en que tuve intenciones de bendecir el *trousseau*; pero, ¡ah!, era demasiado feliz en aquel instante; me faltaba tiempo para ser dichoso, y no lo bendije. ¡Qué ingratitud! Al fin, al *trousseau* debía yo la dicha de aquella sorpresa; suprimelo, y Elisa no hubiera tenido una rica *dormilona*, ni una espléndida bata, ni unas babuchas turcas con que hacerme en tan secreto y misterioso instante la muda confidencia de su ternura; y, sin embargo, hacía pocos momentos que en el fondo de mi amor ó de mi egoísmo había

maldecido el *trousseau* de Elisa, porque temía que me robara no sé qué parte de su corazón. Y, mira tú, él se vengaba contribuyendo á llenar mi alma de dulces satisfacciones.

Porque, piénsalo bien, si Elisa no hubiera tendido á la mano un *trousseau* donde elegir tan preciosos detalles, se habría presentado á mi vista sin el encanto de una *toilette* escogida. Tal vez habría bajado los ojos ruborizada; quizá habrían brillado en sus párpados algunas lágrimas; acaso sus labios trémulos habrían pronunciado, al verme, palabras indecisas, entrecortadas; probablemente, en fin, habría sentido yo temblar su mano entre las mías. Muy bien: todo esto será expresivo, afectuoso, dramático si quieres; pero nada hay tan elocuente, tan fresco, tan espiritual, como una dormilona de encajes, una bata de batista y unas babuchas turcas.

Sí; hay ocasiones sublimes, momentos supremos en que la mujer más hermosa y más tierna no acertaría á darnos una idea exacta de sus secretos sentimientos, si no encontrara en los recursos de su tocador la expresión más propia, la frase más tierna. Porque, dime tú, disecador del alma: ¿qué son las lágrimas furtivas, las palabras trémulas, los suspiros ahogados, las miradas tímidas y las manos temblorosas, ante una dormilona de encaje, una bata de batista y unas babuchas turcas?... Te juro que nunca había sido para mí tan expresivo el corazón de Elisa. Permíteme la palabra; en el dic-

cionario de su espléndido *trousseau* había encontrado la fórmula más bella de su más tierno pensamiento. Por medio de tan exquisita *toilette*, me decía: «¡Ay, Jorge, cuánto te amo!» Yo percibía, más bien, yo respiraba todo su amor en los encajes de la dormilona, en los pliegues de la bata y en los bordados de las babuchas.

¿Cuántos gestos de impaciencia y de disgusto has hecho durante la lectura de estos renglones?... ¿Cuántas veces me has llamado *mameluco* desde que empezaste á leer esta carta?... No lo sé, ni me importa; estoy acostumbrado á tus dicerios, y por un oído me entran y por otro me salen. Por eso no he de dejar de repetirte que fui en aquel instante el hombre más dichoso de la tierra. Me hallaba todavía vestido de rigurosa etiqueta, y puedo asegurarte que jamás mortal alguno con frac negro y corbata blanca ha experimentado en iguales circunstancias una emoción semejante. Ya sabes tú que, detrás de esta cara de hombre de negocios, se oculta el alma de un niño, y que si no hubiera sido por el temor de morirme de hambre, como te sucede á ti, poco más ó menos, habría, como tú, consagrado mi vida á cantar, digámoslo así, las glorias y las miserias humanas en las soledades de la pobreza. También habría sido, como tú, filósofo y poeta; pero si no he seguido tu solitario camino, ya sabes, desventurada criatura, que te admiro, á la vez que desprecio al mundo con quien negocio.

Tengo, pues, también yo mi alma en mi alma-

rio, y tal vez no soy un genio, porque debe hacer muy poca gracia verse en la necesidad de pedir limosna.

El amor que mi tierna esposa me dejaba traslucir en la triple combinación de la dormilona, la bata y las babuchas, llenó mi alma de ardiente regocijo, y estuve á punto de caer de rodillas, asir su mano, besarla y renovar allí la sagrada promesa que poco antes le hice delante de Dios. ¿Había de ser insensible á la expresiva ternura de su *toilette*? ¿No me dedicaba su amor las prendas más ricas de aquel *trousseau* tan celebrado?...

Pero no caí de rodillas, ni así su mano, ni llegué á besarla. ¿Por qué? ¡Ah! Porque sentí de repente circular por mis venas un frío mortal; fué como la impresión de un baño ruso sentida en el alma; un chorro de agua helada que cayó bruscamente sobre mi corazón, un cambio de temperatura súbito y violento.

¿Cuál era la causa de tan raro efecto? Vas á saberla: vi dibujarse en el semblante de Elisa una expresión de desdén indecible, la misma expresión que advertí al través de la luna del espejo cuando su amiga le habló al oído; como entonces, su preciosa boca se frunció de un modo deplorable, perdiendo toda la gracia de sus finos contornos, y, como si esto no fuera bastante, miró al techo con ojos indiferentes, y me lanzó al rostro un bostezo descomunal, interminable, horrible. Ahí tienes lo que heló mi sangre, lo que paralizó los impulsos

de mi corazón, lo que me dejó, en fin, hecho una estatua delante de aquella otra estatua.

—¿Tienes sueño?—le dije.

—Sí,—me contestó.

—El sueño (añadí), es el remedio más eficaz contra la jaqueca.

—Sin duda,—me dijo.

—En ese caso (advertí yo casi sonriendo), será una imprudencia....

No me dejó concluir, pues arqueando las cejas con aire de majestuoso fastidio, exclamó :

—¡Oh!....

Yo proseguí diciendo :

—Casualmente me siento también fatigado.

—Lo creo (añadió ella); son ya las tres de la madrugada.

Pronunció estas palabras con mucho trabajo, porque un nuevo bostezo invadió su boca.

No pude hacer frente por más tiempo á tanta impasibilidad. Me hallaba de pie, y no me había invitado á sentarme. ¡Ah! ¿Por qué es la felicidad tan frágil? La dormilona, la bata y las babuchas parecían todavía empeñadas en hacerme creer que era dichoso; pero aquella jaqueca intempestiva, aquel gesto desdeñoso, aquel sueño importuno, aquellos bostezos horrorosos, aquellas respuestas lacónicas.... Todo...., todo me advertía que era el hombre más infeliz de la tierra. Quise apurar el vaso de mi desventura, y, cruzándome de brazos, esperé en silencio.... ¿Qué esperaba? Te lo diré :

esperaba provocar su impaciencia; pero mi empeño fué inútil, porque no se dignó incomodarse, y reclinando la cabeza sobre el respaldo de la butaca, permaneció seria, fría y pensativa. Entonces me incliné con toda la finura que me fué posible, y me despedí, diciendo :

—Señora, buenas noches.

—Buenas noches,—me contestó sencillamente.

Entré en mi cuarto, llena la cabeza de los más extraños pensamientos. Me dejé caer en una butaca, apoyé los codos en las rodillas, y oprimí la cabeza entre las manos, como si hubiera querido contener los torbellinos que dentro de ella se agitaban.

Así permanecí algún tiempo, y así hubiera permanecido hasta el día del juicio, si los rasos de Elisa sobre la alfombra no me hubieran sacado del estupor en que había caído. Casi maquinalmente me acerqué á la puerta, y poco después oí su respiración acompasada; mi cara mitad dormía profundamente. Sin poderme contener entreabrí la puerta que nos separaba, y penetré con mucho silencio en su estancia. Me pareció distinguir un suave murmullo que se escapaba de sus labios; no solamente dormía, sino que soñaba, y, temblando de pies á cabeza, me acerqué á ella. Tú no sabes con qué ímpetu entraba y salía la sangre en mi corazón; sólo te diré que acudí á contenerlo con el hueco de la mano, temiendo que el pecho iba á romperse. Oía palabras confusas y entrecortadas,

cuyo sentido no podía explicarme ; no quería oír, y todo era oídos ; las más crueles sospechas me asediaban ; aún no sabía nada, y ya lo temía todo. Al fin descubrí el secreto que embargaba su alma. Elisa soñaba con su *trousseau*...., el *trousseau* era el objeto delicioso de su sueño....; y yo respiré; pero respiré con amargo desaliento. Yo no era más que un pormenor indispensable, pero un mero pormenor de nuestra boda ; el *trousseau* venía á serlo todo para ella. La imaginación de Elisa estaba llena de cintas, de encajes y batista y seda, y cuando la cabeza de una mujer está llena de estas cosas, su corazón se halla vacío.

Me retiré en silencio, y me encerré en mi cuarto; cambié mi traje de boda por un traje de mañana; esperé el día. Después que amaneció, pedí un caballo, monté en él, y corrí desalado. ¡Infeliz!.... Como si me fuera posible huir de mi suerte.

Esta ha sido la noche de mi boda ; imagínate cómo será la luna de miel que me espera. Te daré noticias de ella ; pero no tardes más tiempo, y mándame el pésame. Todos me creen dichoso, y me felicitan ; tú sólo conoces mi desventura.»

En cuanto acabé de leer esta carta, cogí la pluma, dispuesto á escribirle largo y tendido, haciéndole ver que era un botarate sin pies ni cabeza, muy capaz de volverse loco sin *fuste* ni *muste* ; pero luego que tracé los primeros renglones y empecé á entrar en materia, me detuve, no encontrando las vigoro-

sas reflexiones que el caso requería. Conforme ahondaba en tan extraño caso, más grave me parecía ; y buscando en el mundo ejemplos con que animar su espíritu, tropecé con tantas Elisás, que solté la pluma y rasgué lo escrito.

No encontraba nada que decirle.